

# Ágora del pensamiento universal...

## El cafetín de Humanidades

LO MÁS IMPORTANTE DE UNA UNIVERSIDAD SON LOS CAFETINES. Ni las bibliotecas, ni los laboratorios, ni las autoridades, ni los edificios administrativos son tan necesarios. Se puede medir la pujanza o la decadencia de una universidad por sus cafetines. Pero eso sí, un cafetín de carne y hueso. “Aunque también los tenemos de pollo, pernil, chorizo, y chicharrón con pelos, compre el ticket por caja ¡por favor!”.

El cafetín es el hipotálamo o el epítalamo. El de la Facultad de Humanidades, por ejemplo, es además el más alto centro del pensamiento, el “pensadero”, diría Aristófanes, el nuevo ágora occidental. Uno puede sentarse en cualquier mesa, como quien no quiere la cosa, y escuchar todo tipo de conversaciones.

En una mesa, por ejemplo, varios profesores de Educación, discuten sobre ¿qué hacer con la educación venezolana? ¿cómo mejorarla? ¿cómo ayudar a los ignorantes? Uno de ellos me saluda y yo aprovecho para acercarme a la mesa. En ese momento alguien llega a la siguiente conclusión: “Todo delincuente es un educador frustrado”, y yo, sin poder contenerme, digo entonces: “Eso significa que todo educador es un delincuente realizado”. Me tuve que mudar de mesa.

En vista del disgusto causado me hice la promesa de quedarme callado, y me senté al lado de una mesa donde unas jóvenes muy bellas hablaban de mascotas. “Yo tengo un gato –decía una– y como es medio intelectual decidí llamarlo *Felini*”. Otra dijo: “Yo también tengo un gato pero como es muy loco mi mamá le puso *Gatillo alegre*, y nos hace caso”. La tercera expuso su caso: “A mí en cambio, me gustan los perros, yo tengo uno que se llama *Ptolomeo*”. Las compañeras fueron más allá del comentario: “y eso ¿por qué? ¿acaso es astrónomo?”. La respuesta fue contundente: “¡Noo! le puse así por razones obvias”. Se rieron de buena gana, se levantaron y se fueron.



Yo decidí abandonar la zoología y me interesé por la etimología de la mesa que tenía a mis espaldas. Allí, varios estudiantes estaban preocupados por un inminente examen de griego y un verbo que no se podían aprender. El verbo en cuestión era *Orínoo*, que no tenía nada que ver con significaciones diuréticas. Al fin llegó alguien a quien los muchachos esperaban con ansiedad. Venía, como dicen en Mucutuy, algo “jipato”, con ojeras, y parecía haber dormido poco la noche anterior. Sin embargo, les traía una buena noticia: “Un idioma no se aprende con pura memoria, hay que pensar en fenómenos. Miren lo que encontré anoche, una verdadera revelación”. El iluminado habló con estas sus palabras: “El verbo *Orínoo* significa *excitar, levantar, mover, agitar, turbarse*, y, finalmente... *huir*. Lo que hay que hacer (para que no se nos olvide), es pensar en algún fenómeno que tenga todas esas acepciones”. Hasta yo me lo aprendí.

Estaba a punto de marcharme cuando una muchacha muy molesta vino a sentarse en mi mesa. Me dijo, sin que yo le preguntara nada, que tenía como dos horas esperando unas fotocopias que necesitaba para estudiar y no podía sacarlas por la cantidad de gente. Yo le dije que a ese lugar de las copias habría que cambiarle el nombre. “¿Cómo así?”, me dijo, y adiviné de dónde era. Yo le dije muy serio que en vez de “*Fotocopistería*” debería llamarse “*Fotocophisteria*”. Ella se rió y parece que se le quitó un poco la rabia. Yo hubiera querido enseñarle algo de griego pero a ella le gustaban más los idiomas modernos.

Definitivamente, una universidad sin cafetín es una universidad sin alma, y eso lo comprobé en estos días que fumigaban el cafetín de la facultad. Cuando llegué al salón me encontré que sólo estaban las tres que nunca faltan: Andreína, Alfonsina y Grecia María ¿Qué pasó aquí? ¿Por qué este “ausentismo laboral”? ¿Acaso hay disturbios?

–No, profe –contestaron– lo que pasa es que el cafetín está cerrado. ✓